

**Reseña bibliográfica: LANE, Kris, *Colour of Paradise. The Emeralds in the Age of Gunpowder Empires*, Yale University Press, London, 2010, 280 pp.**

“Si el verde era el color del paraíso, entonces debía ser también el color del poder.”<sup>1</sup>

K. L

**Palabras clave:** Esmeraldas – Minería – Comercio colonial transoceánico – Contrabando

**Keywords:** Emeralds – Mining – Colonial Transoceanic Trading – Smuggling

Las más diversas culturas alrededor del mundo, desde tiempos antiguos y aun hasta nuestros días, han mostrado un especial interés por las llamadas “piedras preciosas”; es decir, por aquellas rocas o materiales que, debido a una específica composición geológica u orgánica, presentan en su petrificación determinadas cualidades de color, brillo y dureza. De esta manera, las gemas tales como diamantes, zafiros, rubíes, ámbares y esmeraldas han sido requeridas desde tiempos remotos para su utilización, principalmente, en el arte de la joyería; así éstas adquirirían una inagotable fuente de significados culturales que las volvieron un bien mercantil, devenido en instrumento de poder, riqueza y explotación. Y precisamente éste es el objeto de estudio de la admirable y más reciente obra del historiador norteamericano Kris Lane titulada *Colour of Paradise. The Emeralds in the age of gunpowder empires*, y a través de la cual es posible seguir la extraordinaria odisea de las esmeraldas colombianas desde tiempos de la conquista de América hasta la época napoleónica.

La reducción en la escala de observación utilizada por Lane y que alcanza un tipo único de objeto, se invierte dimensionalmente pues el seguimiento histórico de esta escasa, verde y cristalina roca no sólo nos adentra en el mundo de la temprana minería colonial y del intercambio comercial transoceánico de la Edad Moderna, sino que además permite reconstruir a su paso el complejo universo social, comercial, económico y aun cultural de espacios humanos tan equidistantes entre sí como las selvas del antiguo Virreinato de Nueva Granada y los palacios asiáticos de los Imperios Safavid, Mughal y Otomano. En un tiempo de larga duración, las esmeraldas viajan

---

<sup>1</sup> La traducción de la cita es nuestra.

por mares, continentes y civilizaciones; y así, mineros indios y esclavos del África, funcionarios y elites coloniales, mercaderes cripto-judíos perseguidos por la Inquisición, piratas ingleses y negreros portugueses, reyes, reinas y príncipes asiáticos y europeos; todos ellos se cruzan en el entramado que compone, de manera prolija y minuciosa, las páginas de este libro.

La difícil tarea de reconstruir la historia global de esta “mercancía de lujo”, desde su extracción de las montañas colombianas hasta su final consumo en los más variados destinos del planeta, sólo fue posible gracias al exhaustivo trabajo heurístico realizado por Lane, quien recorrió infinidad de archivos y reservorios documentales alrededor del mundo, para localizar en fondos tanto públicos como de índole privada, así como en crónicas y memorias de época, el constante movimiento, transformación y manipulación de las esmeraldas colombianas. Incluso, esta búsqueda alcanzó los registros de bienes pertenecientes a barcos mercantes naufragados, los cuales se convirtieron en fuente indispensable para su estudio, pues el contrabando oculto en ellos e invisible a los asientos oficiales dio cuenta de una parte imprescindible del destino de estas rocas. Asimismo, en el estado de la cuestión sobre el tema, Lane muestra un profundo estudio sobre la historiografía relativa a las esmeraldas y su producción, así como de la historia de numerosas culturas alrededor del mundo por donde transcurrieron estas rocas, en bruto o manufacturadas.

El libro comienza con un relato que, aunque apoyado en numerosas fuentes documentales, se asemeja a un cuento oriental, pues en él se desarrolla una breve reseña histórica de la conquista de la India por Nadir Shah, aquel célebre rey de los persas Safavides, quien durante la primera mitad del siglo XVIII dominó una considerable porción del sur y suroeste asiático. Y precisamente, al invadir la India y hacerse del gran tesoro de los Mughal, es que aparecieron cantidades incalculables de esmeraldas colombianas. Tras Nadir y sus conquistas, Lane realiza un pormenorizado estudio de las razones místico-religiosas que, en la tradición islámica, dieron a las esmeraldas un altísimo valor y, consecuentemente, impulsaron su demanda; pues para el Islam, el verde era el color del paraíso y estas rocas lo representaban en su más pura transparencia y brillo.

Siempre con el eje puesto en observar de qué manera las esmeraldas, de la mano de la plata (el más célebre producto de las colonias hispanoamericanas), modularon el comercio del Asia central con el sistema mundial hasta por lo menos mediados del siglo XVIII y revelando asimismo lentos cambios en la profunda corriente de la política económica del período, el trabajo se estructura en ocho capítulos. En el primero, Lane rastrea el origen del interés cultural por las esmeraldas, tanto por las culturas precolombinas como por las asiáticas; las cuales otorgaron a estas gemas un universo de significados que perduraría hasta el tiempo en que éstas se convirtieran en un bien económico de amplio espectro. Asimismo, realiza una aproximación a la caracterización geológica de las esmeraldas desde los estudios científicos contemporáneos, con los cuales se ha podido determinar la exacta procedencia de

esmeraldas trabajadas en piezas de joyería antiguas tanto asiáticas como europeas y aun africanas y de lo cual se desprende que aun aquellas consideradas largamente como 'orientales' eran en realidad procedentes de las minas colombianas.

En el segundo capítulo, Lane analiza el contexto europeo en general y de España en particular, en tiempos en que ésta se alzó como el primer ejemplo de un Estado consolidado en la *temprana Edad Moderna*,<sup>2</sup> a través de las consabidas conquistas territoriales y apoyada en el uso de armas de pólvora de vanguardia. Para el caso de la conquista de América, se rescatan también otras armas, tales como los caballos y aun, involuntariamente, las enfermedades; aunque, ya conquistados los Imperios Azteca e Inca, España se convirtió en un tipo diferente de imperio de pólvora, una vez que los tesoros minerales americanos comenzaron a fluir hacia Europa. Aquí, también son estudiadas en profundidad las trayectorias históricas de las primeras minas de la actual Colombia: Somondoco y Chivor; así como la lenta conquista de los pueblos indígenas de Muisca, y en donde aparecen célebres personajes históricos, tales como Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, entre otros. Por último, en este capítulo Lane intenta desmitificar el origen de la producción minera de esmeraldas en Colombia, mostrando las notables dificultades de la misma así como el costo humano que ésta significó.

En el siguiente capítulo, y a pesar de lo fragmentario de las fuentes, Lane logra exponer un pormenorizado estudio del surgimiento y primeras décadas de existencia de la ciudad de la Trinidad de los Muzos, recuperando la trayectoria de quienes trabajaban las minas, así como quiénes eran los dueños de las mismas; y mostrando cómo durante los primeros tiempos los mineros eran los indígenas de la región, mientras que hacia mediados del siglo XVII fueron cambiados paulatinamente por esclavos africanos. Condiciones de trabajo, métodos mineros y estructura jurídica de la explotación, indicadores de producción a lo largo de más de dos siglos y estructurados por períodos, todo ello se encuentra prolijamente relatado por Lane.

El cuarto capítulo, enfocado en el contrabando y la red de relaciones entre mercaderes sefardíes localizados en distintos puntos estratégicos del planeta, da cuenta de cómo, al parecer, las esmeraldas no eran un negocio muy seguro, aunque sí sumamente lucrativo y, con el tiempo, profundamente vinculado al comercio negrero y posteriormente a las plantaciones de azúcar. Pues esmeraldas, perlas y diamantes eran mercancías de segundo nivel, metidas como polizones en barcos para su contrabando; y precisamente por esta razón prácticamente no han quedado registros de este comercio de gemas americanas. Aunque, a pesar ello, Lane logró reconstruir, a través de causas inquisitoriales y registros de naufragios, la estructura del contrabando de esmeraldas colombianas durante la época colonial, el cual fue realizado de manera casi exclusiva por doce familias sefardíes de mercaderes con vinculaciones parentales en Sevilla, Lisboa, Amberes, Ámsterdam y Londres; familias que asimismo tenían entre sus integrantes a poderosos banqueros. Por otra parte, en este capítulo se desarrolla

---

<sup>2</sup> Es interesante el uso de este corte histórico, el cual se situaría entre 1450 y 1750.

también la importancia de determinadas ciudades pertenecientes al mercado mundial de gemas, tales como Olinda y Curaçao, centros holandeses en las costas del Brasil, donde existían también redes sefardíes que contrabandeaban esmeraldas; Cartagena de Indias, puerto americano que superó incluso a Sevilla en el tráfico de piedras preciosas; y Goa, quizás el más importante centro de comercio de gemas del mundo, al menos hasta fines del siglo XVIII.

Pero para que las esmeraldas colombianas pudiesen alcanzar el golfo Pérsico, la India y el sudeste asiático, fue necesaria la aparición de políglotas agentes, de incierta lealtad y pioneros en la utilización de estas rutas de tráfico transcontinentales; y a ellos dedica Lane el quinto capítulo. Las fuentes con las que reconstruye sus trayectorias y formas de comercio son de un extraordinario valor histórico; ejemplo de ello es el manuscrito autobiográfico, fechado alrededor de 1640 y encontrado en la Biblioteca Nacional de España, atribuido a Jacques de Coutre y titulado “Andanzas Asiáticas”. En él, de Coutre relata la importación que él mismo realizaba en la India de perlas y esmeraldas del Nuevo Mundo, zafiros de Ceilán y rubíes de Birmania. Es decir que el círculo comercial de esmeraldas, que comenzaba en su extracción en bruto de las montañas de Muzo, se cerraba con el comercio realizado por estos agentes en los mercados orientales, con gemas ya manufacturadas por joyeros europeos y a la espera de que se inscribieran en ellas plegarias del Islam. Así, tanto este capítulo como en el anterior dedicado a los mercaderes sefardíes muestran de qué manera ya en el siglo XVII un pequeño grupo de traficantes de gemas y demás agentes comerciales originarios de Europa occidental pero activos en Asia, se convirtieron en uno de los vectores comunicantes entre Oriente y Occidente; con lo cual el seguimiento de las esmeraldas permitiría observar también cómo los europeos “casaron” comercial y culturalmente a América con Asia.

El siguiente capítulo está dedicado al estudio del consumo de esmeraldas por parte de los llamados “imperios de la pólvora”. Para ello, Lane se adentra en la historia política, económica y cultural de los Mughal, Safavid y Otomano, en la búsqueda de las razones de la notoria demanda que de las esmeraldas impulsaron las diversas dinastías asiáticas durante el período moderno. Para el caso de los Mughal, dinastía que comienza hacia fines del siglo XV con Babor y su nieto Akbar<sup>3</sup> y caracterizada por un inconmensurable poder y riqueza, Lane explica de qué manera, si bien el subcontinente indio había sido el productor de gemas más importante del mundo desde la más remota antigüedad, fue recién desde el temprano período moderno que la opulencia de estas joyas comenzó a incluir sustancialmente esmeraldas. Y, pues mientras que las fuentes egipcias de esta gema estaban agotadas hacia fines del medioevo, fueron las esmeraldas colombianas las que satisficieron la cada vez mayor demanda de esta roca. Asimismo, Lane dilucida cómo, para los Mughal, la importancia de las esmeraldas, así

---

<sup>3</sup> De esta dinastía se destacan también los monarcas, Jahangir y su hijo, Shah Jahan, quien mandó construir el famoso palacio conocido como Taj Mahal.

como de los diamantes, perlas, rubíes y aun elefantes, radicaba en su carácter de símbolo de poder y de divinidad. Al tiempo que las esmeraldas en particular significaban en sí mismas no sólo piedras investidas del poder de Alá, sino también contenedoras de parte del carisma del emperador, por lo cual el regalo de una esmeralda por parte de éste, significaba un pedazo de la esencia misma del rey. Esta “economía de regalos”, como la llama Lane, tenía diversas connotaciones no sólo culturales sino también políticas, tales como mostrar la generosidad del emperador como capitán de guerra y conseguir el éxito de la subordinación del ejército, representar la piedad religiosa de los emperadores, además de la demostración del status social que con estos regalos se materializaba.

En este capítulo también se realiza una búsqueda del apogeo en la utilización de las esmeraldas por parte de los Imperios Safavid y Otomano, a pesar de las escasas fuentes comparadas con aquellas relativas a los Mughal; y siguiendo con ellos aun las antiguas rutas de la seda y de las conexiones comerciales de larga distancia. Mostrando así, de qué manera los grandes imperios de la pólvora, sobre todo los Mughals, absorbieron una importante cantidad de esmeraldas colombianas; no tanto porque hubiese sido un “mercado puro” para ellos, sino por la necesidad que tenían de los mismos por el rol de éstas en el rango de regalos espirituales, reales y sagrados.

En el penúltimo capítulo, titulado “Evasores de impuestos y contrabandistas”, Lane dilucida de qué manera las minas de Muzo, que hacia principios del siglo XVII habían prácticamente paralizado su producción, revivieron en la segunda mitad de esa centuria y de la mano de un inusitado contrabando. Pues, a pesar del impulso oficial por investigar casos de fraude en las minas, las esmeraldas siguieron siendo exportadas ilegalmente, y vinculadas fuertemente al tráfico esclavista. Así, cada vez con mayor frecuencia durante esta época las esmeraldas viajaron hacia Asia por los centros de contrabando radicados en Curaçao y Jamaica y con destino a Ámsterdam y Londres. Ello en la medida en que la demanda asiática de esmeraldas coincidió con la decadencia de la España de los Austrias, pues la rebelión portuguesa de 1640 (precisamente en la misma época en que las minas de Muzo entraron en crisis) y la capitulación de 1648 en los Países Bajos signaron el comienzo del fin de una era de dominio marítimo; con lo cual, durante el siglo XVII, la América hispana se vio marcada por el auge de la piratería inglesa y holandesa que, de la mano del contrabando manejado principalmente por las familias sefardíes estudiadas en capítulos precedentes, intensificaron la extracción esmeraldífera para su ulterior consumo en Asia. Incluso hacia 1679 era tal el contrabando, que la producción de esmeraldas y sus correspondientes impuestos dejaron de registrarse; por lo que, en contrapartida, el auditor real don Francisco de Vergara Azcarate, impuso una carga impositiva de más de mil pesos a las elites locales en concepto de “composiciones por los quintos de la esmeralda”. Mientras que las investigaciones oficiales del período 1678-1680 revelaron todo un mundo redes sociales vinculadas a la producción ilegal de esmeraldas, corte de gemas, engarce y exportación.

Por otra parte, y debido quizás también a que para mediados del XVII la incipiente manufactura textil en Muzo había desaparecido, las antiguas familias ricas de la región habían virado a la producción del azúcar. Con lo cual, la otrora economía regional dependiente de la producción esmeraldera había comenzado una lenta pero constante diversificación. En las fuentes documentales para la segunda mitad del siglo XVII, es ya notorio un crecimiento productivo diversificado, de consumo y exportación, así como una mayor importación de bienes. Incluso para esta época, las unidades de producción basadas en las Estancias se habían convertido en una inversión más segura que las esmeraldas, aun cuando hacia 1670 nuevos yacimientos esmeralderos acrecentaron la producción. De esta manera en 1702, cuando comenzaba la guerra de sucesión española, los oficiales reales revelaban que casi todas las minas de Muzo estaban cerradas aun cuando ilegalmente algunas seguían produciendo para el contrabando.

En el octavo y último capítulo, Lane traza de qué manera durante los primeros años del siglo XVIII la producción esmeraldera de Muzo continuaba en crisis, y su ocaso se produciría por un serie de causas de diversa índole. Como parte de las transformaciones políticas de las llamadas Reformas Borbónicas, fue creado el virreinato de Nueva Granada en 1739 con Bogotá como capital, lo cual llevaba consigo un mayor control del comercio, y luego, puntualmente para el caso de las esmeraldas, en 1760 Carlos III ordenó que resurgieran las minas pero esta vez en condición de Reales, aunque éstas no produjeron prácticamente nada siendo finalmente cerradas en 1792. Pero para los mercaderes no era sólo un problema de producción, pues además en este siglo los gustos estaban cambiando y la opulencia había quedado fuera de moda, inclinándose más hacia la bienes de una producción en serie burguesa que estaba afincándose en las más prósperas ciudades; lo que llevó incluso al consumo de esmeraldas hacia un interés más bien científico. También, en 1720 se habían descubierto yacimientos de diamantes en Brasil, lo que supuso una competencia entre espacios de producción de gemas, que dejaría visiblemente detrás a las esmeraldas colombianas. Por último, este siglo XVIII fue testigo de la caída y extinción de la dinastía persa Safavid, así como del ocaso del Imperio Mughal en la India y de la erosión del poder Otomano sobre el este de Europa y Norte de África; lo que limitó notablemente el consumo de las gemas, otrora tan demandadas en aquella porción del Asia.

Finalmente, el libro incluye un interesante Posfacio, donde se realiza un breve recorrido por la historia contemporánea de la explotación minera de esmeraldas, continuando con ello el azaroso destino de estas piedras y las consecuencias que su producción acarrea para la actual Colombia; además de dos útiles apéndices, uno de ellos con notas y equivalencias de pesos y medidas, y el otro con datos sobre la producción, evaluación y alcance de la explotación de esmeraldas brasileñas, como punto de comparación entre éstas y las colombianas. Asimismo, el libro contiene excelentes mapas que ayudan a la comprensión del espacio político-geográfico donde

se producían, traficaban y consumían las esmeraldas de Muzo; además de ilustraciones que aportan un registro visual de las esmeraldas y las manufacturas con ellas realizadas, tanto por joyeros europeos como asiáticos.

De esta manera, en la multiplicidad de universos por los que atraviesa la esmeralda, emerge una muestra, más cualitativa que cuantitativa, de ciclos de producción económica y consumo de bienes primarios o manufacturados en diferentes épocas y lugares. Pues aun cuando el descubrimiento y explotación de los yacimientos de esmeraldas (1540-1790) no fueron causa de transformaciones globales, la producción de esmeraldas y su comercio se vinculaba, en su escala, al tráfico de especias, textiles y metales preciosos en grandes volúmenes. Y ello en la medida en que este escaso mineral de una utilidad sólo suntuosa, alcanzó un alto valor económico y un profundo significado cultural, no sólo para Occidente sino también para las elites de los imperios asiáticos de la pólvora.

Escasa, cristalina y de un verde tan profundo como la sombra de la selva, extraída de la roca húmeda de las montañas de Muzo, robada, contrabandeada, vendida, pulida, cambiando de manos de manera interminable, viajando por los mares hacia lejanos destinos en el curso de dos siglos y medio como parte integrante de una cadena de mercancías esencial al mundo moderno, la esmeralda se asemeja a aquel escarabajo de oro que, salido de la pluma del escritor Mujica Láinez, recorrió tiempos y espacios en una constante observación de la condición humana del pasado.

A no dudarlo, este exquisito libro, de una meticulosa reconstrucción histórica a través de una búsqueda incansable del destino y trayectoria de estas verdes gemas, se convertirá en piedra de toque para la comprensión de una parte imprescindible de la historia colonial sudamericana, y no sólo de la producción minera y el comercio transatlántico sino también de la cultura humana, junto a los símbolos que ésta atribuye a determinados objetos y las múltiples consecuencias que aquello acarrea. Sólo resta esperar que *Colour of Paradise* sea pronto traducido al español.

Federico Sartori  
(CIECS – CONICET)  
federicosartori@gmail.com